



Peña cordial en una noche porteña

RODRIGO BONOME

# Las peñas de los Artistas Plásticos

Ibsen termina su drama **Un enemigo del pueblo** con estas palabras que son amargas hasta la angustia: "El hombre más poderoso del mundo es el que está más solo". Es la reacción de Stokmann —el recio personaje ibseriano— a un medio social que le es adverso, y es la solución del autor a un problema que le llega planteado por la vida en ficción, y que resuelve a tono con las naturales características de su sensibilidad. De todas las expresiones artísticas, el teatro es la que se nutre más frecuentemente del medio; ya para exaltarlo, ya para vilipendiarlo, ya para ofrecerlo como tercera posición que adviene a título de adecuado justificativo.

El modo de utilización puede variar, lo que no varía es el hecho cierto de que una expresión humana cualquiera, se genera en el medio social en donde el sujeto tiene funciones que cumplir. Es evidente que Ibsen respondía a un estado de ánimo que lo predisponía al aislamiento. Esos estados se dan no pocas veces en la vida de un artista. Por lo general en tanto dura su trance creativo. A ese período sucede otro en el cual, el artista —engranaje de una maquinaria— se proyecta a ese medio social del que forma parte, en busca del diálogo imprescindible para su propia justificación.

El medio social incluye o excluye al artista. Lo incluye cuando se sirve de él para trascender. Lo excluye cuando lo utiliza, por vía de divorcio, para ejemplificar en sentido admonitorio. En toda circunstancia es la razón de un procedimiento. Si en el caso de Ibsen el hombre busca la soledad, en otros casos repudia de ella y va en procura de la compañía y del diálogo. Diálogo y compañía terminan siendo una necesidad insoslayable y configuran un síntoma, índice elocuente del refinamiento espiritual que no en toda ocasión se manifiesta de consuno con la plenitud material.

El coloquio ha sido fuerza de atracción entre artistas. Pintores, literatos, poetas, actores, autores y músicos, en redor de una mesa de café, sintieron la importancia de saberse interpretando un determinado momento de esa larga película que se llama vida. Ese hecho se ha venido sucediendo en los países de más intensa vida interior, lo que importa decir que es prueba de la culminación espiritual de sus pueblos. Francia ha sido un ejemplo en el sentido que apuntamos. En París cundieron los salones literarios tanto como los cenáculos y las peñas. Aquellos marcan momentos harto significativos en la vida cultural de la segunda mitad del pasado siglo. Todavía se alzan en

París los cafés de Flore, La Coupole, El domo, Deux Magots y La Rotonde, que son historia viva un poco modificada por la imaginación a veces tropical de los cicerones. Los manes de Hugo, los Goncourt, Maurras, Apollinaire, Saint Exupery, Mauclair, Utrillo Van Dongen, Modigliani, Pascin, Canudo, el aduanero Rousseau, Matisse, Soutine; y el recuerdo —a veces la presencia— de Foujita, Francis Carco, Derain, Mac Orlan, Braque, Oton Friesz, André Breton, Picasso, Chagall, Zadkine, Sartre, Ives Brayer y la Beauvoir, dieron el clima necesario para el regodeo del espíritu.

España se mueve en idéntico nivel espiritual con la característica de que allí los cafés son meros reductos de entidades que tienen su recia personalidad conformada, desde luego, por la suma del modo de ser de cada uno de sus contertulios. En Madrid las peñas se han mudado de un café a otro —como aquí, en ocasiones— movidas por causas diversas no siempre registradas por la historia. Hasta poco antes de la guerra del 14, Ricardo Baroja, pintor, hermano de don Pío, frecuentaba la del café de Levante con Valle Inclán, Bargiela y Maetz. Después los vemos en el café La Montaña donde se les agrega Benavente, Fernández Vaamonde y Manuel Bueno. Allí fue donde a raíz de una discusión, y respondiendo a un ademán no muy cordial del gran don Ramón, Manuel Bueno dio con un banco en la muñeca de Valle incrustándole el gemelo, de resultados de lo cual hubo que amputarle la mano. La misma peña se trasladó después al café Inglés en donde aparece Dicenta. Peña famosa fue también la del café Madrid, allá por el 96, la que prestigiaban Pío y Ricardo Baroja, Valle Inclán, Gómez Carrillo, Eugenio D'Ors, Rubén Darío, Benavente, el francés Cornuty, Silverio Lanza, Martínez Sierra y Villaspesa. Y no menos famosa fue, sin duda, la de Pombo, presidida por Ramón Gómez de la Serna y a la que concurrían el pintor José Gutiérrez Solana y su hermano Manolo.

Buenos Aires que padece de muchos males y cuya característica más vigorosa no es precisamente la de promover sentimientos propicios a la sociabilidad —circunstancia que tal vez debamos atribuir a su condición de cosmopolita— no ha podido evitar que sus artistas se reúnan en redor de una mesa de café, en peñas y cofradías, donde la discusión, renovando opiniones, crea sentimientos confraternales y mantiene encendida la llama sagrada del ejercicio social.

Fue famoso el café de Los Inmortales —de la calle Corrientes entre Suipacha y Carlos Pellegrini— bautizado así, al parecer, por Rubén Darío (hay quien escribe que por Florencio Sánchez) reducto preferido de autores, de actores, de escritores y de músicos más o menos populares, no tanto de artistas plásticos. Sin embargo, a él concurrían con alguna frecuencia José León Pagano, Raúl Mazza, Gregorio López Naguil, Agustín Riganelli, Rodolfo Franco, Walter de Navazio, An-

tonio López Turner, Hugo Garbarini, Quinquela Martín, Zavattaro, el **mono** Taborda y José Fioravanti, arrastrados por algún que otro autor ya que, por causas que alguna vez explicaremos —luego de estudiarlas, claro está— los artistas plásticos fraternizaron con autores y actores sin mucha convicción.

Los Inmortales fue, durante mucho tiempo, algo así como el apeadero obligado a la vera de un camino sin bifurcaciones. Nadie que tuviera veleidades o inquietudes artísticas o literarias dejaba de acercarse a él, aunque más no fuera para ver la imagen o sentir el timbre de la voz de aquella gente que estaba dando a Buenos Aires un carácter de ciudad crecida, atraída por especulaciones de índole no sospechada por los que corrían desalados tras el vellón.

El poeta llegado de provincias; el pintamonas vocacional que esperaba iniciarse arrimando preguntas tímidas; el que componía música silbando y esperaba conmovir a la opinión pública de un momento para el otro; el actorzuelo que estaba a la pesca del bolo que lo pusiera en el umbral de la gloria; todo eso, mezclado, sacudido, en caótica confusión, era algo así como un revuelto de sueños hirviendo en una caldera. La caldera era ese café Los Inmortales en cuyos espejos decorados con **bufach** se miraba con orgullo la urbe que iba adquiriendo poco a poco contornos europeos.

Mis recuerdos más viejos me llevan soliviantado hasta dar con el café Tortoni, de Avenida de Mayo 829, en cuyo sótano funcionaba La Peña, reducto colorido de artistas plásticos de todo pelo y donde pugnaban por salir del anonimato, plumíferos, pintamonas y musicantes que para el caso medraban padrinzagos más o menos prestigiosos o postulaban un lugarcito en el banquete de los monstruos sagrados.

La Peña fue el arregosto de muchos apasionados; el duermevela de no pocos ilusos. Llegar a su tarima, hablar de cualquier cosa, recitar un poema —propio o ajeno— aporrear un piano sin que Chopin, Bach o el Falla del **Amor brujo** pudieran ejercer el sagrado —aunque no cristiano derecho de la venganza, o colgar los cuadros en las paredes, era la más cara aspiración de quien no había gustado aún las mieles de la popularidad. Cambiar un saludo con Quinquela, ver —aunque más no fuera de lejos— a Honorio Lartigau Lespada, plantado en la actualidad con las páginas vibrantes de **Corazonada**; descubrir en una mesa a Milagros de la Vega y a Perelli, directores del teatro íntimo de la institución; sentir la fúnebre presencia de Ollavaca, autor de **Crefundeos** y de cuadros que si no tenían la fuerza expresiva de los del aduanero tocaban las cuerdas de la angustia con el desgarrado alarido de su inadaptabilidad; provocar a Tomatis, a Manuel Eichelbaum, a Capurro, a Luis Macaya, a Ponferrada que a raíz del premio que La Peña le otorgara por su libro **Galesitas** se convirtió en un intocable en menos que canta un gallo —y en La Peña cantaban varios— todo eso configuraba un rasgo tan de la época y tan porteño que la ciudad no podía dejar de mostrarlo, como quien muestra una condecoración o una herida.

En los sótanos del Castelar Hotel funcionaba, también por esa época, Signo, pintiparada institución de alto nivel cultural, en donde se lucían Pettoruti, Estarico, Pacenza, Roberto Rossi, Aquiles Badi, Enrique Larrañaga, Alfredo Bigatti, Emilio Centurión, Rebuffo, Audivert, Tosto, Manuel Eichelbaum, Mariano Guibourg, Hugo Garbarini, Horacio Butler, Berni, Horacio Juárez, Cúnsolo, Curatella Manes, De Ferrari, Del Prete, Forner, Domínguez Neira, Giambiagi, Gómez Cornet, Guttero, Larco, Ricardo Musso, Policastro, Sibellino, Soldi, Spilimbergo, Victorica, Xul Solar, Pronsato y algunos otros.

Con Signo la ciudad trazó con énfasis un perfil que la ponía al nivel de las grandes ciudades del mundo.

## Las peñas de...

Conferenciante de nota, artista prestigiado por una labor sin cuento o "de cuento" —que de todo había— músico o cantante, filósofo o ilusionista, todos pasaron por su breve escenario y compartieron las mesas en donde el gasto se pagaba religiosamente a escote.

Pachac-Camac, tenía su asiento en Boedo. Era su gerifalte José González Castillo —el rebelde por antonomasia— y sus tertulias estaban animadas por el escultor Vicente Roselli, el rendo Cúttica que por mimetismo se había hecho pintor, por Biscardi, un escultor que como Roselli presumía de cantante, aunque no de género popular como aquél sino operístico. Pachac-Camac finó con la muerte del autor de **Serenata**. Desaparecido González Castillo, la peña quedó sin alma, y se fue secando como una planta falta de riego y de sol.

La peña que hasta ayer funcionó en el café Berna, se llamó indistintamente de La Cosechera cuando reunía a sus desparramados corifeos en el café homónimo de Avenida de Mayo y Salta, como se llamó más tarde de El Cortijo, del Whisky Bar y de El Alba, lo que informa del nombre de los cafés en que tuvo su asiento y de los que debió emigrar violentamente por circunstancias que no vienen al caso. La peña El Alba tenía su sede en el café restaurante de la calle Sáenz Peña esquina Hipólito Yrigoyen, frente a la plaza Lorea. En verano las reuniones se efectuaban en la acera, bajo la caricia del aura feble con olor a tierra húmeda que llegaba de la plaza; en invierno, dentro del local entibiado, en donde el humo de los cigarrillos y el de las frituras coexistían en amable maridaje. Una jornada de taller culminaba en aquella mesa que se alongaba a medida que la noche iba promediando; y en torno a

aquella rueda de gente evadida, el hombre de arte tomaba conciencia de su papel. A veces, la discusión se hacía agria y violenta. Eso ocurría por lo general cuando alguien ventilaba un entripado, producido por un rechazo en el Salón, una postergación en los premios o el arrinconamiento de la obra en las paredes de la muestra. La peña de El Alba tenía un animador insustituible: Enrique de Larrañaga. Tan insustituible que, muerto el vasco, fue languideciendo sin remedio. Con Larrañaga integraban el concurso los escultores Pablo Tosto, Lucio Fontana, Vicente R. Puig, Rodolfo de Filippo, Juan Grillo, Biscardi y Luis César Rovatti; los pintores Emilio Centurión, Luis Corcóstequi, Alfredo Burnet Merlín, Antonio Berni, Juan Carlos Faggioli, Adolfo De Ferrari, Oscar Ferrarotti, Joaquín Gómez Bas, Alejandro Lanoél, Laxeiro, Florencio Sturla, Roberto Rossi, Alejandro Tomatis, Esteban Semino, Juan Otero, Emilio Carpanelli, Rodolfo Cascales, Dante Bonatti, Escobedo, Felipe de la Fuente, Mario Esgrelli, Claudio Gorrochategui, Arturo y Hugo Irureta, Gastón Kessel, Antonio Lacasagne, etc.; el orífice Santiago Cossolino, el ceramista Fernando Arranz, la grabadora Alda María Armagni, el grabador Bernardo Lasansky y el dibujante Juan Carlos Benítez. Y con todos ellos, el impenitente Juan José Soriano Lara y el abogado Otello Montechiari que fue quien sacó de la cárcel a la mujer que puso punto final a la vida de aquel Carlos Dávila, codirector de la revista "Continente", infaltable en la mesa de los plásticos. De estos nombres, unos tienen notable significación en el panorama de las artes plásticas argentinas, otros han desaparecido y son historia; otros más han dejado el país y están radicados en Europa: Badi, Pettoruti...

Las peñas que no han muerto todavía, están en sus postrimerías. **Sic transit gloria mundi.**

